Fauna Guardianes

LUMA

La voz del otro lado



Una aventura ilustrada

10 años en adelante

La rama se movió



La rama se movió. Brasa, también. En sentido contrario. Abrió las alas, arañó la corteza y acabó con el pico a un dedo del pecho de Luma.

«Esto no estaba pasando cuando me paré aquí.»

«El viento tampoco.»

La guardiana se hizo a un lado. Brasa apretó los dedos alrededor de la rama. Debajo había hojas; debajo de las hojas, más hojas. El suelo quedaba tan lejos que parecía de otro mundo.

Había aprendido a volar. Estar quieta resultaba mucho más difícil.

Luma esperó hasta que plegó las alas.

«¿Lista para desayunar?»

Brasa miró alrededor.

Todavía esperaba que apareciera el plato.

Más allá de la malla



No la habían soltado de un día para otro.

Primero hubo un aviario enorme, ramas de verdad y otras guacamayas. Vuelos largos. Frutos que tenía que aprender a abrir. Personas que la revisaban y después se apartaban. Una de ellas le puso el aro plateado que llevaba en la pata derecha.

Un día abrieron la salida. Brasa tardó toda la mañana en cruzarla.

Desde entonces podía regresar a la comida de apoyo. Pero cada día Luma la llevaba un poco más lejos.

Lo difícil de aquel lugar no era la altura.

Era que ninguna pared le decía dónde terminaba.

El desayuno se sostiene

Luma eligió un jobo cargado de frutos. Sujetó uno con una pata y lo abrió con el pico.

Brasa la imitó. El primero cayó. El segundo también.

«El suelo va muy bien desayunado», observó.

Con el tercero apretó menos. La pulpa le llenó la boca de un sabor dulce y ácido que no conocía.

«Me quedo aquí.»

Luma señaló otra copa.

«Cuando se acabe éste, comeremos allá. Acuérdate del camino.»

Brasa arrancó otro fruto para llevárselo. En el siguiente árbol se le cayó un pedazo con la semilla dentro. Lo vio perderse entre las hojas.

Esta vez no bajó a buscarlo. Había encontrado de dónde vendría el siguiente bocado.



Una voz con tropiezo



Dos guacamayas pasaron sobre las copas. Una gritó. La otra contestó sin dejar de volar.

Brasa levantó el cuello para imitarlas.

«Rra... ¡ác!»

La voz se le partió en medio. Cerró el pico.

Luma ladeó la cabeza.

«Otra vez.»

Brasa probó. El mismo tropiezo, en el mismo sitio.

«Parece que se me cae algo por dentro.»

«Te he oído.»

«También me habrá oído todo el mundo.»

Abajo, un pájaro pequeño y pardo alzó la vista. Brasa se encogió, esperando una risa.

El pájaro no se rio. Tampoco cantó.

Luma descendió hacia él.

«Buen día, Clarín.»

La otra punta



Clarín estaba en una punta de la rama. La otra quedaba vacía.

«¿Él sí canta bonito?», preguntó Brasa en voz baja.

Clarín contestó sin mirarla.

«Antes cantábamos dos.»

Luma no añadió nada. Esperó.

«Unas manos», dijo él al fin. «Una jaula. Después, nada.»

Brasa conocía las jaulas. Miró la otra punta de la rama y estuvo a punto de acercarse.

Clarín se tensó.

Ella dejó la pata donde estaba.

«Puedo quedarme aquí abajo.»

El pájaro tardó un momento en hacerle sitio entre las hojas. No en la rama vacía: más cerca de él.

Se quedaron sin decir nada. Esta vez el silencio no era de uno solo.

El espacio junto al ala

Cuando volvieron arriba, Luma se hizo a un lado sobre la rama. Un paso pequeño, automático. Luego miró el sitio que acababa de dejar.

Brasa lo había visto otras veces.

«¿Esperas a alguien?»

La guardiana acomodó una pluma que ya estaba en su lugar.

«Volábamos juntos. Hace varias secas dejó de volver.»

«¿También unas manos?»

«No sé.»

Brasa esperó una explicación más larga. Luma no la tenía.

Desde abajo llegó el ruido de Clarín cambiando de rama. Seguía cerca.

«¿Por eso miras atrás cuando vuelo contigo?»

Luma abrió el pico. Lo cerró.

«Sí.»



Tres árboles para volver



Pasaron junto a un potrero. En la orilla crecían arbolitos sujetos a estacas. Una mujer les arrimaba tierra; otra persona miraba las copas con binoculares.

Brasa reconoció la libreta de las revisiones. Nadie la llamó. Nadie alzó una mano con comida.

Luma señaló los árboles grandes que seguían el recodo del río.

«Jobo del río. Ramón del codo. Higuera blanca. Por ahí regresamos.»

Brasa los repitió. No eran iguales: frutos amarillos, copa oscura, tronco pálido.

A los recién plantados todavía les faltaba mucho para sostener una guacamaya.

Clarín avanzaba por las ramas bajas. Las acompañó hasta la higuera.

Allí, entre las hojas, el viento dio vuelta.

Del otro lado



El aire olía a tierra mojada, aunque allí no había caído una gota.

Más allá del río, una cortina gris borraba la selva. Las guacamayas de la tarde pasaban de regreso, buscando dónde recogerse.

Luma levantó las alas.

«Vamos al dormidero.»

Entonces llegó un grito.

Uno solo. Desde el otro lado del recodo.

Brasa esperó el segundo. Tardó tanto que pensó que lo había imaginado.

Llegó más corto.

Luma plegó las alas.

«Ésa no viene con la bandada.»

Las dos miraron entre las copas. No se veía ningún rojo.

La cortina gris seguía acercándose.

Más fuerte no bastó

Luma llamó con toda la voz. El grito pasó sobre el río y se perdió detrás de los árboles.

Volvió a llamar. Más largo.

Brasa abrió el pico, pero lo cerró al oírla. Aquella voz sí podía encontrarse desde lejos. La suya parecía una cosa mal armada.

Luma esperó. Llamó una tercera vez.

«No contesta.»

Brasa levantó una pata.

«Espera.»

Había oído algo, justo debajo del último grito de Luma. Muy poco: como una ramita que se quiebra lejos.

Las dos callaron.

Desde el recodo llegó la voz, débil pero entera.

Mientras gritaban, no podían oírla.



Un sitio que se mueve



Luma voló hasta la siguiente copa. Brasa fue detrás. Llamaron desde allí.

La voz contestó. Parecía más cerca.

Avanzaron otro árbol. Ahora el grito llegaba del costado. Luma giró hacia él, y una ráfaga le sacudió la cola.

«Por aquí.»

Brasa ya tenía las alas abiertas cuando miró atrás. La higuera blanca casi había desaparecido entre las hojas.

«Nos está buscando donde gritamos antes.»

Luma se detuvo.

La voz volvió a llamar desde el mismo sitio.

Ellas seguían cambiando de lugar.

Regresaron a la higuera. Clarín las esperaba, agarrado a una ramita que no dejaba de temblar.

Una mancha roja



Desde una horqueta alta, Brasa encontró por fin el rojo.

Una guacamaya estaba en un árbol aislado, junto al potrero del otro lado del recodo. Tenía las plumas pegadas al cuerpo. La lluvia ya la había alcanzado.

Entre aquel árbol y la higuera se abría un claro expuesto al viento. Por el borde del río, en cambio, seguían las copas que habían recorrido por la mañana.

La desconocida abrió las alas. El viento las empujó hacia atrás.

Volvió a aferrarse.

«No se atreve», dijo Brasa.

Luma vio cómo le temblaba el cuerpo.

«Quizá ya lo intentó.»

La desconocida llamó otra vez. Esta vez las estaba mirando.

La distancia equivocada

Luma salió hacia el claro.

Durante unos aleteos avanzó recta. Luego el aire le torció el cuerpo. Tuvo que girar, perder altura y volver a las ramas.

Llegó sin hablar. Respiró con el pico entreabierto.

Brasa miró el agua que acababa de quedar debajo de ella.

«¿Tú tampoco puedes?»

«Por ahí, con este viento, no.»

Del otro lado, la desconocida se había encogido sobre su rama. No llamaba.

Luma alzó el cuello para buscar otra entrada. Brasa reconoció la copa oscura que asomaba detrás del potrero.

El ramón.

No quedaba en la línea más corta. Quedaba en el camino de vuelta.



Un camino con descansos



«Podemos rodear», dijo Brasa. «Jobo. Ramón. Higuera.»

Luma miró los tres árboles. El jobo quedaba cerca de la desconocida; el ramón, entre aquél y ellas. Las copas protegían del viento buena parte del trayecto.

«Yo puedo llegar hasta el jobo.»

«Y yo llamo desde aquí.»

La guardiana se volvió tan deprisa que una hoja le rozó la cara.

«Tú vienes conmigo.»

«Si nos vamos las dos, vuelve a buscar un sitio vacío.»

Luma miró la rama de Brasa. Era gruesa y estaba cubierta por otras mayores. Miró después el río.

No dijo nada.

La voz del otro lado tampoco.

Mira bien dónde estoy



«No quiero perderte de vista», dijo Luma.

Brasa sintió el impulso de seguirla. Podía hacerlo. Era más fácil que quedarse con aquella enorme cantidad de selva alrededor.

Hundió los dedos en la corteza.

«Mira bien dónde estoy.»

Luma recorrió con los ojos el tronco blanco, la horqueta, las hojas que la cubrían.

Clarín bajó hasta ellas.

«Conozco las ramas del ramón», murmuró. «Puedo ir por abajo.»

La guardiana se acercó a Brasa. Le rozó el pico, apenas.

«Llama. Después escucha. Si arrecian la lluvia o el viento, nos refugiamos donde estemos.»

Brasa asintió.

Luma soltó la rama.

Brasa la dejó ir.

El primer tramo



Luma no volvió a intentar la línea sobre el agua. Siguió el recodo, cerca de las copas.

Ramón. Una rama intermedia. Jobo.

Desde allí vio a la desconocida completa. Era joven. En la pata izquierda le brillaba un aro azul. Miraba el cielo oscuro. Luego, el espacio que no había logrado cruzar. Luego, otra vez el cielo.

Luma llamó.

La joven levantó la cabeza. Tardó en soltar el árbol, pero llegó hasta el jobo con un vuelo corto y desordenado.

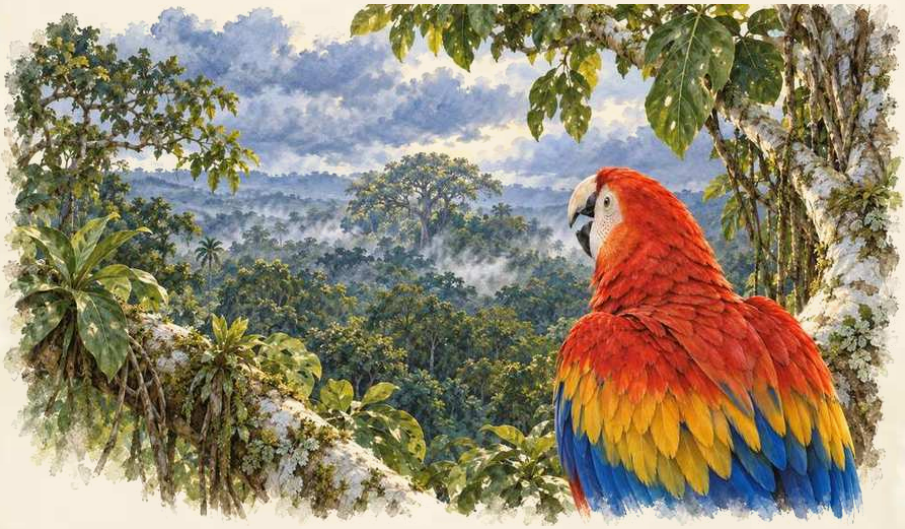
Aterrizó dos ramas por debajo de ella.

«Aquí», dijo Luma. «Descansa.»

Desde la higuera llegó un grito partido en dos.

Brasa seguía en su sitio.

La voz prestada



Brasa había intentado que el grito sonara como el de Luma.

Le salió grave al principio y se deshizo al final. Probó otra vez. Le raspó la garganta.

Del jobo llegó un ruido pequeño. ¿Una respuesta? ¿Una rama? No lo supo.

Quiso cambiarse de árbol para ver mejor. Se inclinó hacia el borde de la horqueta.

Abajo se agitaban las hojas de la higuera. El tronco blanco seguía bajo sus patas.

Volvió a acomodarse.

Llamó con su propia voz.

«Rra... ¡ác!»

Una respuesta llegó desde el jobo.

No era la de Luma.

Brasa apoyó el pecho contra la rama.

El aguacero

La lluvia llegó de golpe.

En un momento el jobo dejó de verse. Después desapareció el ramón. El ruido de las gotas llenó todos los huecos.

Brasa se metió bajo la rama mayor. La corteza le enfrió el pecho. Una gota le corrió por la punta del pico y cayó.

Llamó.

Nada.

Esperó un poco y volvió a llamar.

El agua se llevó su voz.

Pensó en el aviario. Allí siempre había un borde, una puerta, alguien al otro lado que sabía dónde estaba.

Ahora Luma estaba al otro lado.

Y Brasa no sabía si aún podía oírla.



Debajo de las hojas



En el jobo, Luma había llevado a la joven hasta una horqueta cubierta. Ninguna intentó seguir volando.

La desconocida respiraba rápido. Tenía una hoja pegada al cuello y no parecía notarla.

«¿La otra sigue allí?»

Luma miró hacia donde debía estar la higuera.

No la veía. No oía su voz.

Estuvo a punto de decir que sí.

«Le pedí que esperara.»

La joven cerró un momento los ojos.

Luma no los cerró. Se quedó mirando la pared de agua, con las patas firmes en la madera.

El sitio de la respuesta

Bajo la higuera, una hoja grande se desprendió y pasó girando junto a Brasa.

La siguió con los ojos hasta perderla. Todo lo demás parecía igual: agua, hojas, agua.

Quería irse.

No al dormidero. A cualquier lugar donde estuviera Luma.

Levantó una pata. Recordó a Clarín mirando la punta vacía de su rama. Recordó también la voz que había contestado a la suya.

Si la desconocida volvía a llamar, ¿dónde iba a encontrarla?

Apoyó la pata otra vez.

Esperó a que el aguacero dejara un hueco.

Y en ese hueco llamó.

Todavía con el tropiezo. Todavía allí.



No era otro pájaro



El aguacero empezó a adelgazar.

Primero se distinguieron las ramas de enfrente. Después apareció la copa oscura del ramón.

La desconocida levantó la cabeza antes que Luma.

«Ésa.»

Un grito acababa de cruzar el recodo. Tenía un corte en medio, como si empezara dos veces.

«Ésa fue la que me contestó.»

Luma había pasado toda la tarde intentando que su propia voz llegara más lejos.

La que la desconocida esperaba era otra.

Respondió una sola vez, breve. Después dejó el aire libre.

Desde la higuera, Brasa volvió a llamar.

La joven se incorporó sobre sus patas.

Una rama que no se veía



El viento había aflojado. Luma revisó el siguiente tramo y pasó a una rama del ramón.

La desconocida la siguió hasta el borde del jobo. Desde allí, la copa de enfrente era una pared de hojas mojadas. No distinguía dónde apoyar las patas.

Luma llamó desde adentro.

La joven abrió las alas. Las cerró.

Detrás de las hojas se movió algo pardo. Clarín estaba en una rama lateral, más baja y despejada. La misma que recorría cada tarde.

Miró a la guacamaya. Miró el espacio entre las dos copas.

Se le levantaron las plumas del pecho.

Abrió el pico.

No salió nada.

La primera nota

Clarín volvió a intentarlo.

Una nota sola. Tan breve que pudo confundirse con una gota.

La desconocida giró la cabeza.

El pájaro saltó hacia el tronco, dejando libre la parte firme de su rama. Cantó otra nota desde allí.

No era la melodía de antes. Faltaba la voz que solía seguirla.

Clarín oyó ese hueco.

También oyó a la guacamaya respondiendo desde el jobo.

Cantó una vez más.

La desconocida vio la rama, se inclinó hacia ella y soltó por fin las patas.



A la altura de las hojas



El vuelo fue corto. Aun así, la joven llegó más baja de lo que esperaba.

Luma la vio abrir la cola. Las patas buscaron la rama. Una la tocó; la otra resbaló sobre la corteza mojada.

Brasa, desde la higuera, solo alcanzó a ver un ala roja desaparecer detrás del ramón.

Dejó de llamar.

La joven enganchó el pico en una rama menor. Tiró del cuerpo hacia arriba y recuperó el apoyo de las dos patas.

Luma esperó a su lado. No había nada que pudiera sostener con las alas.

Clarín se apartó hasta el tronco.

Una hoja cayó al vacío.

La guacamaya no.

El último árbol



Desde el ramón, Luma llamó una vez.

Brasa contestó tan deprisa que la voz se le partió antes de tiempo. Volvió a intentarlo.

«Rra... ¡ác!»

La desconocida la vio al fin: una guacamaya más pequeña, empapada, agarrada a una higuera de tronco blanco.

El último tramo quedaba protegido del viento. Lo recorrieron cuando la joven dejó de temblar.

Brasa se hizo a un lado, como Luma había hecho por la mañana.

La desconocida aterrizó donde estaba ella un instante antes. Luma llegó a la rama de arriba.

Tres guacamayas. Un árbol.

Brasa quiso decir algo importante.

Le salió un estornudo.

La del grito partido



La desconocida sacudió las plumas. Brasa recibió toda el agua en la cara.

«Gracias», dijo, sin mucha claridad.

La otra la miró, alarmada. Brasa empezó a reírse. Era una risa fea, entrecortada, y esta vez no le importó.

«Me llamo Sira.»

«Brasa.»

«Ya sabía cuál eras.»

Brasa miró el aro azul de la pata izquierda; después, el suyo, plateado.

«¿Por esto?»

Sira negó con la cabeza.

«Por el grito. El que se parte.»

Brasa esperó lo demás. No hubo nada más.

Sira cerró los ojos y apoyó una pata contra el pecho. Había encontrado un sitio donde podía hacerlo.

Las que faltaban



Cuando pudo hablar sin detenerse, Sira contó lo ocurrido. Había salido de la malla semanas antes. Esa tarde volaba con otras dos. El aguacero las separó al pasar el recodo.

«Las llamé hasta que no pude más.»

Luma miró el cielo. Aún quedaba luz, pero la lluvia seguía entre los árboles lejanos.

«Hoy descansamos aquí. Mañana las buscamos.»

«¿Las encontraremos?»

Luma dejó pasar un momento.

«No sé. Volveremos a llamar.»

Sira acomodó el pico entre las plumas.

Brasa se quedó cerca. No le pidió que contara nada más.

Desde una rama baja llegó una nota. Clarín también había alcanzado la higuera.

La cuarta nota

Clarín cantó tres notas. Se detuvo antes de la cuarta.

Brasa lo miró, sin pedirle que siguiera.

El pájaro buscó con los ojos la parte vacía de su rama. Todavía estaba vacía. Sira dormía arriba; Luma se limpiaba una pluma. Ninguna era la voz que él había perdido.

Al cabo de un rato volvió a cantar. Poco. Lo que pudo.

Luma se desplazó en su propia rama. Dejó espacio junto al ala y esta vez se volvió hacia Brasa.

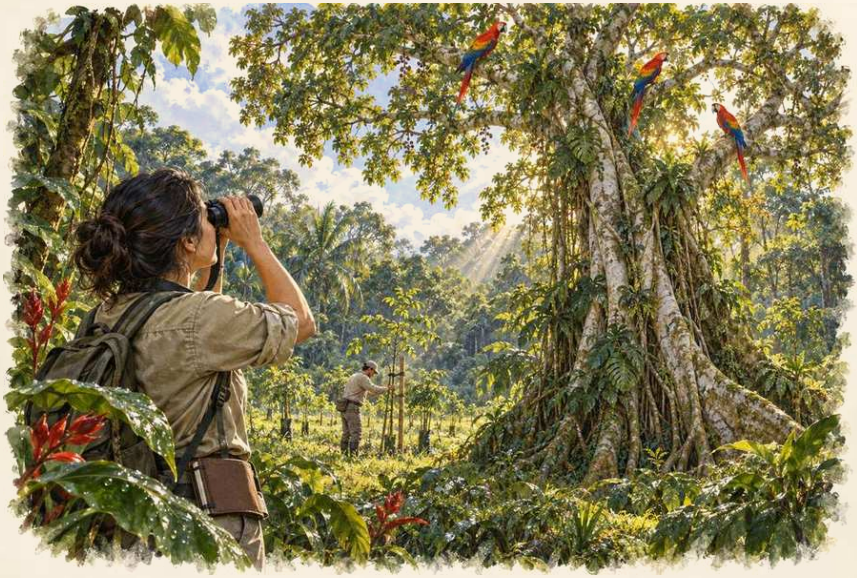
La joven subió.

No hablaron del sitio que faltaba.

Se acomodaron en el que tenían, mientras debajo de ellas Clarín ensayaba la cuarta nota.



Desde abajo



Al amanecer, la mujer de la libreta se detuvo junto a la higuera. Levantó los binoculares.

Los detuvo en la pata de Brasa. Después, en la de Sira.

Anotó algo, habló por su radio y siguió mirando. Brasa no bajó hacia ella. La mujer tampoco se acercó al tronco.

Más lejos, otra persona enderezaba uno de los arbolitos que había doblado la lluvia.

Desde arriba no se leían las notas. Desde abajo no se había visto el camino de voces.

Pero alguien sabía ahora dónde estaba Sira.

Luma se orientó hacia el recodo.

Brasa siguió su mirada: higuera, ramón, jobo. El camino ya le cabía entero en la cabeza.

Un lugar en el aire



Antes de partir, Brasa tomó un higo. Lo abrió con el pico, comió un poco y se llevó el resto.

En el ramón oyeron dos gritos. Lejanos.

Sira levantó la cabeza y contestó. No supieron todavía si eran sus compañeras. Las voces volvieron a sonar.

Luma miró a Brasa, esperando.

La joven abrió el pico.

«Rra... ¡ác!»

Su voz seguía partiéndose en medio.

Del otro lado, alguien respondió.

Brasa soltó la rama y fue tras Luma y Sira. Una semilla cayó con el último pedazo de higo entre las hojas mojadas.

El plato nunca llegó.

Brasa ya no lo estaba esperando.

Lo que cuida el vuelo



Pista 1: una salida preparada. Devolver guacamayas a la selva lleva meses: revisar su salud, enseñarles a volar largo y a abrir frutos, y seguirlas después de abrir la puerta. Al principio les dejan comida de apoyo. Brasa no salió de una jaula para aprenderlo todo sola.

Pista 2: voces y grupos. Las guacamayas rojas viven en pareja y en grupo, y se llaman a gritos para no perderse. También necesitan árboles grandes para comer, dormir y anidar. Abrir espacio en el cielo no devuelve los árboles que faltan.

Pista 3: la semilla que cae. Las guacamayas comen frutos y semillas, y casi todas las semillas que muerden quedan destruidas. A Brasa se le cae una entera. El cuento no promete que vaya a germinar.

Lo inventado. El rescate entre tres árboles, los diálogos y la historia de Clarín son ficción. Una voz entrecortada no significa que un ave haya vivido en cautiverio. Los aros sirven para identificar a cada ave; aquí sus colores distinguen a Brasa y a Sira.

Tu turno. Entre dos personas, inventen cada una un ritmo de palmadas. Escúchalos de espaldas: ¿reconoces quién llama? Después prueben a aplaudir todos a la vez. Y si un día ves aves libres, míralas sin perseguirlas. Nunca sueltes por tu cuenta un ave de casa.

Alguien sigue llamando



Brasa apenas empieza a vivir sin paredes cuando una voz llega desde el otro lado del río. El viento crece, la lluvia borra los árboles y Luma no puede vigilarlo todo. Harán falta tres árboles, una voz que se tropieza y alguien dispuesto a contestar.

FAUNA Guardianes
Adaptación ampliada del guion «LUMA», Podcasts V2, pp. 83-89. Conserva a Luma, Brasa y Clarín y el conflicto original. Sira y la búsqueda durante el aguacero desarrollan la tensión del relato.

Conoce las tarjetas del juego
Escanea y explora las cartas de FAUNA Guardianes en todos los idiomas.
betafaunaguardianes.pages.dev

Ciencia consultada
Reintroducción y seguimiento: macawrecoverynetwork.org
Guacamaya roja (Ara macao): animaldiversity.org/accounts/Ara_macao

Primera versión · Septiembre de 2026